

Un formidable éxito
está obteniendo el

NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica
con el que se regala un lujoso

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡ SI LO VE, LO COMPRARÁ !

J. Horta, impresor - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 257

50 cts.



¡ SILENCIO !

POR
Vera Reynolds
H. B. Warner

Filmoteca

NÚMERO EXTRAORDINARIO

no 1 / 1/71

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 257

¡SILENCIO!

Preciosa película, de gran intensidad dramática, interpretada por los célebres artistas
VERA REYNOLDS, H. B. WARNER,
ROCKLIFFE FELLOWES, etc.

Dirección: CECIL B. DE MILLE

Superproducción PRO-DIS-CO,
(Producers Distributing Corporation)

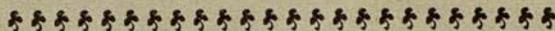
Distribuidores:

JULIO-CÉSAR, S. A.

Aragón, 316 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
GERTRUDE OLMSTED

La Dirección de
**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**
se complace, desde estas líneas, en
desear a sus amables lectores y a
sus numerosas amistades en general
un **FELIZ Y PRÓSPERO**
AÑO 1927



¡SILENCIO!

—
Argumento de la película
—

En una sombría cárcel del Oeste, fortaleza de la expiación y el arrepentimiento, se preparaba la ejecución de un condenado a muerte.

Lentamente, con la misma tranquilidad que si efectuara cualquier otra obra de carpintería, el verdugo fijaba clavos y elegía tablones, levantando en el centro de la plazoleta el templete sobre el cual un hombre había de dejar la vida momentos después.

Era esa hora maga del amanecer, en la que las cumbres se tiñen de arrebol y las sombras descienden a la llanura, para refugiarse en los barrancos y desaparecer por último ante el empuje arrollador de los rayos del sol.

Los inmensos nubarrones, que semejantes a grandes penachos de humo negro cubrían en el horizonte la aparición del astro rey, adquirirían, con la salida de éste, un tono plumizo más denso... Más bien que una aurora, tenía aquel amanecer tintes de crepúsculo. En lugar del nacimiento de un día risueño y alegre, parecía la llegada de la noche sin fin...

Los pájaros que de ordinario lanzaban sus gorjeos en el saliente de los aleros, no piaban aquel día, en que todo parecía más muerto, más triste que nunca...

Los martillazos que daba sin cesar el ejecutor de la justicia sobre el fatídico armazón de madera, era el único ruido que alteraba el lúgubre silencio de la cárcel.

Hubiérase dicho que la Naturaleza toda tomaba parte en la gran tragedia que se aproximaba y abandonaba sus galas diarias de color y alegría para vestir el gris sudario de la muerte.

En la penumbra del día y la noche la figura fantasmal del ejecutor de la ley parecía agrandarse y crecer hasta llegar casi a lo infinito.

Su cara no reflejaba ni sonrisas de triunfo ni muecas de dolor. Atento sólo a su horrible

trabajo, continuaba impávido golpeando sobre los gruesos clavos, cuyo eco repercutía siniestro en las tétricas galerías del vetusto edificio, dando a entender a un puñado de hombres, privados de libertad, que gemían tras las rejas, que uno de ellos no tardaría en abandonar el mundo de los vivos, ¡que se iba a hacer justicia!, como si justicia fuera el quitar una vida que Dios da y de la que sólo El puede disponer.

Los hombres, sin otra razón que la de una ley hecha por ellos mismos, iban a llevar a cabo un acto que sólo a la justicia divina compete realizarlo, y Jim Warren, el infeliz condenado, vivía sus últimas horas trágicas, con el cerebro taladrado por los siniestros martillazos del verdugo y el implacable tic-tac de los relojes, que marcaba con pavorosa ligereza los escasos minutos que faltaban para la hora fatal. Durante todo el proceso que motivó su condena, Jim había permanecido callado, sin pretender defenderse, viendo impasible como los jueces acumulaban cargos contra él.

John Lawrence, su abogado defensor, se esforzaba, en aquellas últimas horas, en desentrañar el misterio de aquella vida que ha-

bía de cortarse dentro de breves minutos, persuadido de la inocencia de su defendido.

Ante el tenaz silencio del acusado, Lawrence continuó diciéndole:

—Jim, tengo la convicción de que usted no mató a Harry Silvers, pero no veo manera de salvarle, si se obstina en guardar silencio... Usted se dispone a morir para salvar a alguien. ¿Quién es esa persona culpable del crimen que usted va a expiar?

Esperó el abogado la respuesta de su defendido y su silencio solamente fué alterado por una siniestra campanada, que anunciaba la proximidad del momento trágico.

Ante este aviso, John Lawrence volvió a insistir diciendo:

—Cuando esa campana vuelva a sonar, vendrán a buscarle si usted no habla... Comprendo que en su cerebro se reproduce ahora todo su pasado, pero nada podrá hacer la ley si lo oculta en ese terrible silencio.

Era verdad; por la imaginación de Jim, atrozmente atormentada por el ruido seco de los martillazos que retumbaban en su cabeza y el monótono tic-tac del reloj, cuya péndola oscilante parecía la cuerda del patíbulo, desfilaron, en cabalgata apocalíptica, todos los mo-

mentos de su vida pasada y mentalmente volvía a vivirla.

.....

Veinte años atrás, a Jim Warren, hombre



—Jim, tengo la convicción de que usted no mató a Harry Silvers...

de vida azarosa, pero de extraordinaria simpatía y buen corazón, le llamaban "el caballero Jim".

Por entonces, el café de Mollie Burke era uno de los más concurridos de los barrios ba-

jos de Nueva York. En él, no sólo se expendían bebidas y comidas, sino que además se alquilaban habitaciones, una de las cuales estaba ocupada por Norma Drake, esposa de Jim.

Norma era una mujercita de diez y nueve primaveras, en cuya alma, puramente infantil y limpia de todo pecado, no existía más sentimiento que un acendrado cariño por su marido y una fe ciega en su lealtad.

Desconocía por completo el gran drama de la vida, a la que ni siquiera había llegado a asomarse, y soñaba, en las largas ausencias de Jim, con la llegada del fruto de sus amores.

Mollie Burke, la popular dueña del café y administradora de su negocio era, por el contrario, una mujer que, en el pleno atardecer de su vida, conservaba intactos los deseos juveniles y un carácter enérgico, que le valía para poder entenderse con la poco recomendable parroquia que acudía a su café.

El día en que la conocemos por primera vez, se hallaba la señora Burke discutiendo acaloradamente con un representante de la autoridad a quien decía:

—¡Esto es indigno! ; Querer que cierre mi establecimiento los domingos!

—No se enfade usted, señora Burke; yo sólo cumplo las órdenes de mi jefe — repuso aquél, algo intranquilo por los gestos y ademanes de la propietaria.

—Pues puede usted decir a su jefe que Mollie Burke no se deja intimidar.

Y sin atenerse a más razones, lo echó a la calle violentamente, ayudada por Harry Silvers, un ratero a quien llamaban "Dedos de Plata" y que pretendía el corazón de la rica propietaria.

Momentos después, apareció en la puerta del café la figura simpática de Jim, y Mollie exclamó al verlo:

—¡El caballero Jim a la vista! ; De dónde habrá salido ese buen mozo?

En efecto; hacía bastantes días que nadie había visto a éste por ninguna parte, y su presencia en el café no dejó de despertar cierta curiosidad en la dueña, que desde hacía tiempo venía soñando con apropiarse el amor de su visitante; pero Jim, locamente enamorado de su mujer, no tenía ojos más que para ella y en su cariño cifraba todas sus ansias de vivir.

Se había entregado a ella en cuerpo y alma y nada en el mundo tenía valor para él, com-

parado con la felicidad de verse acariciado por las manos infantiles de su Norma y sentir junto a su corazón, en apretado abrazo, los latidos de dicha que aceleraban la rítmica marcha del de ella.

Sin hacer caso a las sonrisas y demostraciones de Mollie, se acercó a ella y le preguntó:

—¿Sigue mi mujer en el cuarto que teníamos alquilado arriba?

—Tu pequeña mujercita, querido Jim, sigue siendo mi inquilina, pero ya no es tu esposa — contestó intencionadamente la enamorada propietaria... — Alguien ha declarado en el Juzgado que tu pequeña era menor de edad y que vuestro matrimonio no era válido.

—¡Bah, tonterías! — repuso Jim, sin dar importancia al hecho—. Norma y yo nos casaremos otra vez si es necesario.

Y después de hablar unos instantes con "Dedos de Plata", subió a su habitación, ansioso de estrechar nuevamente a la mujer adorada.

**

En el piso de arriba vivía Norma Drake, ajena a cuanto sucedía en el resto de la casa, sin más preocupación que la de arreglar la canastilla destinada al próximo bebé, con que el Cielo había bendecido sus amores.

Al ver entrar a su marido, corrió a sus brazos y los dos esposos permanecieron durante largo rato fuertemente abrazados, sin que ninguno de los dos encontrara palabras bastantes para poderse decir la dicha que inundaba sus almas. Por fin Jim, arrodillándose a los pies de su amada, le habló, a la vez que la acariciaba con infinita dulzura, de aquel hijo que iba a venir y que era el colmo de su felicidad, diciéndole:

—Mi vida, me he enterado por tus cartitas de esa gran noticia.

—Sí, Jim — repuso ella, bajando la cabeza para ocultar el rubor que arbolaba sus mejillas—; nuestro hijo nacerá dentro de cinco meses, pero estoy preocupada, porque Mollie Burke dice que no estamos bien casados.

—No te preocupes, todo se arreglará —

contestó él para tranquilizarla; y luego, entregándole un fajo de billetes, continuó:

—Guárdate ese dinero; puede hacerte falta. Norma cogió los billetes y distraídamente



—*Mi vida, me he enterado por tus cartitas de esa gran noticia.*

los guardó en el canastillo de costura que tenía sobre la mesa, a la vez que volvía a insistir sobre la nulidad de su casamiento.

—No te inquietes por eso; vamos en seguida a ver a un Pastor para arreglar nuestra

nueva boda — repuso Jim. Pero al levantarse vió encima de la cómoda el retrato de un hombre y exclamó:

—¿Cómo tienes aquí el retrato de ese señor, de Felipe Powers?

—Quiere casarse conmigo, porque dice que nuestro matrimonio es nulo, y como parecía que tú me habías abandonado después de tantos días sin saber de ti...

—Norma, ¿serás capaz de dudar de mi cariño? Yo te amo a ti como nunca creí que se pudiera amar, pero he tenido necesidad de ocultarme, porque caí en la tentación de salir de pobre, y ahora mismo arriesgo mi libertad, por pasar estos momentos de dicha contigo.

Como si los hechos quisieran confirmar las anteriores palabras del enamorado marido, en aquel instante sonaron en la puerta unos golpes secos y los dos esposos se miraron aterrados.

Jim no dudó un momento; quienes así llamaban no podían ser otros que los policías que venían a detenerlo. En un principio pensó en huir, pero pronto se convenció de lo irrealizable de esta idea; la única salida que tenía la casa era aquella puerta, en la que los agentes golpeaban ya con impaciencia. El

tiempo apremiaba y ante la urgencia del caso, optó por el único medio que tenía para salvarse. Corrió a la habitación inmediata y se escondió en el quicio de la ventana, mientras que su mujer abría a los policías.

—Buscamos a Jim Warren — dijeron éstos al entrar.

—Hace bastante tiempo que no viene por aquí — repuso Norma, con una serenidad que nadie hubiera concebido en aquella criatura tan tímida, en la que el amor obraba un nuevo milagro.

—Es extraño, puesto que acaban de verlo entrar — exclamó uno de los policías.

—Pueden ustedes mirar por todas partes y se convencerán de que han sido engañados y de que Jim Warren no está aquí.

Después de registrar la habitación en que estaban, mezcla de comedor y de recibimiento, pasaron a la otra y en vista del resultado negativo de sus pesquisas, pero convencidos de que Jim, si no se encontraba en la casa tardaría poco en llegar, se sentaron en la primera a la vez que decía el que parecía el jefe:

—Ya que no está en la casa esperaremos a que venga.

Para un buen policía, el detalle más insig-

nificante es suficiente para descubrir un delito o al delincuente, y en aquella ocasión lo fué el humo de un cigarrillo que Jim había dejado sobre la cómoda.

Norma no perdía de vista los menores movimientos de los agentes; y al ver la insistencia con que uno de ellos miraba hacia aquel lugar, descubrió inmediatamente aquella prueba de la existencia de su marido en la casa y, afectando una extraordinaria tranquilidad, cogió el cigarrillo y se puso a fumar, como si perteneciese a ella.

Ese detalle despistó al policía que, fijándose en el retrato de Powers exclamó:

—Este señor Felipe Powers sería mejor compañía para usted que “el caballero Jim”.

—Le agradezco el consejo pero creo que tengo derecho para elegir el hombre que más me agrada, señor policía — repuso Norma, haciéndole callar.

Mientras tanto Jim había entrado nuevamente en el dormitorio y observaba, sin ser visto, cuanto pasaba en la habitación contigua, y sufría horriblemente, al comprender el martirio por el que estaba pasando su adorada mujercita.

*
**

Indudablemente los policías estaban decididos a prender a Jim, puesto que a pesar del rato que hacía que esperaban no daban señales de abandonar la casa.

Norma, sentada frente a ellos, procuraba afectar una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. La tensión de sus nervios iba cediendo a medida que pasaba el tiempo y comprendía, con verdadero espanto, que pronto le faltarían las fuerzas para seguir representando aquella trágica comedia.

De pronto un hecho inesperado vino a dar fin a la farsa. El hermoso gato, único compañero de la joven, se puso a jugar con una cinta que pendía de la canastilla donde se ocultaban los billetes robados por Jim. Al darse cuenta Norma del peligro que la amenazaba si descubrían aquel dinero, empezó a llamar al animal; pero éste, sin hacer caso al llamamiento de su ama, continuó jugando, hasta que de un zarpazo tiró al suelo la canastilla y salió rodando el fajo de billetes.

Como aves de presa se arrojaron los policías sobre él, y después de examinarlos exclamó el jefe:

—Este es el fajo de billetes marcados que desapareció del cajón del viejo Honessey. Tiene usted que venir con nosotros a la delegación de policía.

Y mientras Norma era detenida, Jim saltó por la ventana al piso de abajo, para buscar a Mollie y decirle:

—Mollie, sube al cuarto de arriba y mira si puedes arreglar las cosas para que no se la lleven los policías.

—¿Qué es lo que ha hecho esa "palomita blanca"? — preguntó la dueña del café.

—Ella, nada. Fui yo, que saqué unos cuartos del cajón de Honessey y se los dí a Norma; pero ella es inocente... ¡Por Dios, sálvala! Yo haré todo lo que quieras por ti.

—¿Todo lo que yo quiera? — repitió intencionadamente Mollie Burke, viendo en aquella ocasión la más propicia para que Jim accediese a sus pretensiones amorosas.

—Sí, Mollie, sálvala y te juro que haré cuanto quieras.

—Entonces... vamos para arriba.

Pero en el momento en que se disponían a

salir se dieron de cara con los policías, y la propietaria del establecimiento los detuvo diciéndoles:

—¡Alto, señores! Aquí hay alguna equivocación.

—Aquí no hay otra cosa, sino que estos dos buenos pájaros se vienen con nosotros detenidos — contestó el policía.

—Digo, señores, que hay una equivocación y estoy cierta de ello. Jim pidió al viejo Honnessey una cantidad prestada para mí y yo le di y le doy ahora mi fianza personal, y como no quiero que haya murmuraciones sobre Jim y yo, nos vamos a casar esta noche. ¿Verdad, querido Jim?

Al oír aquello, Norma sintió desgarrarse el corazón de dolor. Jamás hubiera creído a Jim capaz de abandonarla, y menos en aquella ocasión en que estaba próxima a ser madre. Necesitó oír de nuevo la misma pregunta, para asegurarse de que lo que decía aquella mujer era cierto. Su única esperanza era que él lo negase; pero, por desgracia, éste confirmó, con una señal de asentimiento, las palabras de Mollie.

Jim había comprendido la ruín intención de

la posadera y se daba cuenta que la única salvación era la de acceder momentáneamente a sus deseos, hasta que desaparecieran los policías. Buscó con la mirada la de su joven esposa, a quien habían dejado ya en libertad, y le dió a entender, por medio de una seña, que todo aquello era fingido.

Esto devolvió la tranquilidad al atribulado corazón de su esposa, que aun tuvo que oír el grosero insulto de Mollie, que le dijo:

—Ya puedes agradecerme que no te haya mandado a la cárcel, mosquita muerta. Y ahora lárgate de mi casa y que no te veamos.

No le importaba a Norma abandonar aquella casa, que empezaba ya a odiar, segura de que Jim no tardaría en reunírsele, en cuanto le fuera posible escaparse.

En efecto; éste, tan pronto como se quedó solo con la que pretendía ser su esposa, le dijo:

—Puesto que esta noche ha de ser la boda, yo voy un momento al barbero para afeitarme.

—Quieres escaparte, ¿verdad? — exclamó Mollie, que adivinó en seguida las intenciones de Jim—. Adonde irás será a la cárcel si no

te casas conmigo, porque retiraré mi fianza... y los policías estarán aquí hasta después de la ceremonia.

Y mientras que Jim sufría este extraño encarcelamiento, la desdichada Norma esperaba, aguantando el frío y la lluvia que calaba sus vestidos lo mismo que si fueran una débil esponja, la salida de su marido.

No era ella únicamente la que aguardaba a la puerta del café. Espiándola se encontraba oculto Felipe Powers, que locamente enamorado de Norma acechaba el momento oportuno para poderla rescatar de aquella casa y de aquella gente.

Alma buena y generosa, Felipe Powers había comprendido desde el primer momento la desgracia que amenazaba a la infeliz joven; y convencido del infinito tesoro de ternura que se escondía en el corazón de la pobre niña, esperaba con paciencia que llegase el día de poderla hacer su esposa y dignificarla a los ojos de todos.

Pasaban las horas con esa desesperante lentitud para el que espera, y Norma, desfallecida por el frío y las fuertes emociones de aquella tarde, sintió nublársele la vista y buscó un punto de apoyo; pero antes que pudiera

encontrarlo, perdió el conocimiento y cayó desvanecida en los amantes brazos de Powers, que corrió a sostenerla.

*
**

Al anuncio de la boda de Mollie, los parroquianos acudieron presurosos al café, y momentos antes de la ceremonia el establecimiento estaba completamente abarrotado de gente que esperaba festejarse gratuitamente con el sabroso vinillo de la popular taberna.

Alguien propuso, y fué unánimemente aceptado, que la marcha nupcial fuese acompañada con las cucharillas; y cuando mayor era el estrépito, entró Felipe Powers, llevando en sus brazos a la pobre Norma desmayada.

Al verla en aquel estado, Jim sintió en su corazón el mismo dolor que si se lo atravesasen con un fino puñal, y un grito de lo más hondo de su alma brotó de sus labios, llamándola desesperadamente:

—¡Norma!... ¡Norma!

Quiso acercarse a ella, para recogerla en sus brazos, pero Powers lo detuvo diciéndole:

—¡Déjela en paz! ¡Usted no es digno de ella!

Felipe se abrió paso entre los curiosos que se habían reunido a su alrededor y subió con su preciosa carga a la habitación que hasta horas antes había ocupado la joven.

Poco a poco, debido a los cuidados que le prodigaba Felipe, no tardó Norma en reaccionar, y cuando hubo recobrado el conocimiento le dijo su enamorado salvador:

—Norma, Norma querida; Jim no puede ya casarse contigo, porque se casa con Mollie;... y además está procesado por robo. Olvida la triste pesadilla del pasado y no pienses más que en tu porvenir. Ya no te debes a ti sola, sino que tienes que pensar en tu hijo, en ese hijo próximo a nacer y para quien yo sabré ser un padre amantísimo.

Las sinceras palabras de Felipe iban filtrándose en el alma de la desgraciada joven como un bálsamo benéfico que curaba las recientes heridas de su corazón; y Norma apreciaba en todo lo que valía la generosa oferta del desinteresado Powers.

Para ella el engaño de Jim era evidente. Estaba convencida de su abandono, y el terror a su completa soledad pudo más que su vo-

luntad; y aceptó como una salvación el amor que le brindaba Felipe.

Mientras tanto, abajo en el café, Jim luchaba por subir a la habitación de Norma, hasta que Mollie le intimidó, diciéndole:

—Los policías están todavía aquí, y si tú hablas con esa insignificante mujer iréis juntos a la cárcel.

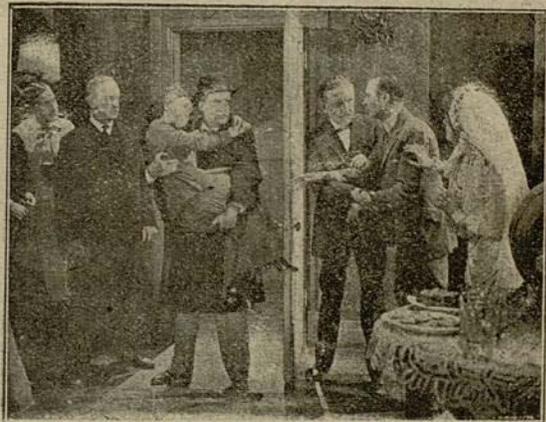
Abrumado por el peso de la fatalidad, que parecía cebarse en su infortunio, Jim permaneció durante largo rato alejado en un rincón de la sala, en plena inconsciencia de cuanto le rodeaba.

Su corazón, lleno de un amor puro y leal, sufría en aquellos momentos el inmenso dolor que producen la desesperación y la impotencia.

Cuando al fin salió del letargo en que estaba sumido, corrió al cuarto de Norma; pero desgraciadamente ya era tarde. En aquel instante, el alcalde de barrio, llamado para la boda de Mollie, acababa de firmar la licencia matrimonial y Felipe, llevando en brazos a su esposa, le amenazó diciéndole:

—¡Jim Warren, si vuelve usted a importunar a esta mujer, irá usted a presidio! ¡Norma Drake es ya mi esposa!

Sin el amor de Norma, poco le importaba a Jim la cárcel o la muerte, puesto que su vida era ella. En el colmo de la desesperación, sacó su pistola y abriéndose paso entre los pa-



—¡Jim Warren, si vuelve usted a importunar a esta mujer, irá usted a presidio!

rroquianos del café, huyó de aquella maldita mujer, que tan cara le había hecho pagar su libertad.

Pasaron cinco años y Jim Warren, en quien el recuerdo de la mujer adorada se ha-

cía cada día más fuerte, fué rodando de escalón en escalón, hasta llegar al más negro abismo de la miseria, sin otra ilusión que la de encontrar a Norma y al hijo que nunca había visto.

En penosa peregrinación, cual nuevo judío errante, fué recorriendo todos los pueblos de la comarca, mendigando de uno en otro, sin poder encontrar una huella que lo pusiera sobre la verdadera pista de los seres queridos que buscaba.

Por fin, un día, en un pueblo del Oeste, al ir a llamar a una casa, para pedir alguna comida con que mitigar el hambre que le atormentaba, por una de las ventanas del edificio vió a una mujer y a un hombre en los que reconoció inmediatamente a Norma y a Felipe Powers.

Este último tenía entre sus brazos a una preciosa criatura y, mientras la acariciaba con verdadero cariño paternal, le decía a su esposa:

—Yo no sé por qué la quiero tanto, si por su carita divina o porque es hija tuya.

La niña agradeció aquella caricia, abrazándose al cuello del que creía su padre, diciéndole entre besos:

—Papaíto... papaíto querido, ¿verdad que quieres mucho a tu nena?

—Sí, hijita, con toda mi alma — respondió Felipe, a la vez que se llevaba a Norma, dulcemente enlazada, fuera de la habitación.

Jamás hubiera podido explicar Jim los sentimientos tan encontrados que luchaban en su alma. Sintió unos deseos locos de entrar en la casa y llevarse a aquella hija que era suya y que únicamente a él le pertenecía, pero comprendió que la felicidad de su Norma y la bondad de Felipe no eran acreedoras a aquel pago; y con voz velada por la emoción y el llanto llamó suavemente a la niña.

La preciosa chiquilla se volvió hacia la ventana en que estaba Jim y al ver a un hombre vaciló entre huir de él o acercarse. Finalmente, el cariño con que le hablaba aquel desconocido la hizo acercarse a él, que le dijo:

—¿Quieres darme algo de comer, nenita?

—¿Te gustan los dulces? — le preguntó con encantadora ingenuidad—. Voy a darte un poco del pastel de mi cumpleaños.

Y con sus pasitos de muñequita de carne, se acercó a la mesa sobre la que había un gran pastel y se lo entregó a su padre, diciéndole con su graciosa charla:

—Cuando yo sea grande me casaré con mi papá...

—Pero ha de ser un papá muy bonito — le contestó éste conteniendo a duras penas



—Voy a darte un poco del pastel de mi cumpleaños.

los sollozos que pugnaban por salir de su garganta.

Advirtió la niña aquel llanto y acariciando a su padre le preguntó:

—¿Y por qué lloras tú? ¿No tienes ninguna niña?

Esta pregunta, hecha con la candidez propia de los pocos años, hirió en lo más hondo el corazón del desgraciado padre, que aun pudo hacer un esfuerzo supremo y responder:

—No, hijita; se me ha muerto.

En el rostro angelical de la chiquilla se reflejó una sombra de tristeza, la misma que hubiera sentido al romperse una de sus queridas muñecas. Su alma de niña no podía comprender todavía aquel dolor, pero, mujer al fin, en su corazoncito empezaba a despertarse el sentimiento materno, innato en toda mujer.

Jim comprendió en seguida el efecto que habían causado sus anteriores palabras, y para distraer la infantil imaginación le dijo:

—Oye, ¿quieres darme un besito?

Le ofreció ella su boquita de fresa y Jim, abrazado a su hija, hubiera permanecido toda la vida, si unos pasos que se aproximaban no le hubieran hecho alejarse de la ventaná.

Había buscado Jim, con toda la ansiedad de su alma, el momento de acercarse a sus seres queridos y ahora, al tenerlos cerca y ver la paz de aquel hogar, en el que las risas y caprichos de su hija eran órdenes para sus padres, su corazón, lleno de bondad y agra-

decimiento, rechazó la idea bastarda de cruzarse en el camino de aquel hombre bondadoso y destruir la felicidad que había conseguido crearse. Como ladrón perseguido por la justicia, huyó Jim de aquella casa, para llorar a solas, sin una mano cariñosa que secase sus lágrimas ni un corazón amigo que le prestase consuelo, la inmensa tragedia de su vida.

*
**

Rodaron los días y los años y la infortunada Norma sucumbió prematuramente a su oculta pena; y la Norma de hoy, trasunto de la de ayer, era amada y feliz y se disponía a casarse con el elegido de su corazón.

Felipe Powers, después de la muerte de su esposa, cifró en aquella niña que consideraba como hija suya, todas sus ilusiones; y en su cariño encontró un dulce consuelo para su inmenso dolor.

Nadie conocía la verdadera historia de la vida de Norma y todos la consideraban como hija del acaudalado señor Felipe Powers.

La familia del novio, rigurosamente exigen-

te en sus ideas moralistas, había accedido a este matrimonio, sin oponer la menor dificultad a los deseos de los jóvenes, para quienes los días transcurrían felices y diáfanos, sin



Nadie conocía la verdadera historia de la vida de Norma.

que la menor nube viniera a empañar el cielo de su amor.

Sin embargo, oculta en el misterio, una sombra iba dibujándose en lontananza y se

aproximaba a pasos agigantados para destruir la felicidad de los dos enamorados.

Era este Harry Silvers, el vulgarmente llamado "Dedos de Plata". Su vida de hampón, miserable y errante, le había arrojado de Nueva York y el Destino, que a veces se entretiene en complicar la vida de algunos seres, lo había puesto de nuevo en el camino de Jim Warren, que, sin descubrir su personalidad, contemplaba, oculto, como los días iban convirtiéndose en una fragante rosa el fruto de sus desgraciados amores.

Para el infeliz padre, la única razón de su vida era el saber dichosa a su hija; y su existencia, ignorada por todos, en aquel pueblo, no tenía más fin que el de velar por ella.

La víspera de la boda, Norma, en compañía de su padre y varias amigas, hacía un ensayo de la ceremonia que debía tener lugar el día siguiente, cuando entró su novio y Powers le regañó cariñosamente, diciéndole:

—¿No puede usted esperar a mañana, señor impaciente, que viene a estorbar el ensayo de la ceremonia?

—Por eso he venido — respondió el joven, mirando amorosamente a su prometida—. Te-

nía unos deseos locos de verla con el traje de novia y no me he podido contener.

Mientras tanto, en la puerta de la suntuosa morada un hombre, pobremente vestido, pretendía convencer a un criado que le prohibía la entrada diciéndole:

—Ya le he dicho a usted dos veces que el señor Powers está muy ocupado.

—Pero yo necesito verle urgentemente — insistió de nuevo el desconocido.

El criado, ante la tenacidad del visitante, pareció ceder en su actitud y exclamó:

—Entre y espere en esta habitación, mientras aviso al señor.

Momentos después entró Felipe Powers y, al ver al que con tanta insistencia preguntaba por él, creyó conocer en la cara de aquel hombre la fisonomía de un ser conocido, pero que en aquel momento no podía precisar.

—¿No me recuerda usted, Felipe? Yo soy Jim Warren — exclamó éste, al ver que no era reconocido.

El nombre de Jim Warren estaba tan unido a su vida y a la de Norma, que Felipe temió por la felicidad de la que pasaba por su hija y preguntó:

—¿A qué ha venido usted aquí? ¿Qué pretende?

—Vengo a prevenirle de un peligro. Norma Drake me escribió algunas cartas antes de que usted se casara con ella...

—Y ahora, ¿pretende usted que yo se las compre? — le atajó, indignado, Powers, creyendo comprender la intención de su antiguo rival.

—No, Felipe; esas cartas las llevaba yo siempre conmigo, pero un día Harry Silvers me las robó.

Ante el gesto de desconfianza de Powers, Jim volvió a decirle:

—Créame usted, se apoderó de ellas sin que yo haya podido saber dónde las oculta y sé que ahora piensa venir a verle al saber que la niña va a casarse.

—¡Ah! Vamos, ustedes quieren explotar esos viejos papeles — exclamó Powers, dando por terminada la entrevista—. Pues cuénteselo usted todo a la policía, si se atreve.

Pero Jim, desesperado, al ver que no creía en su buena fe, volvió a suplicarle:

—Crea usted en mi intención, Felipe. Yo sólo deseo que no se malogre la boda de la

niña, descubriendo cosas que podrían impresionar a la familia del novio.

En las palabras de Jim se reflejaba tan sincero dolor que Powers empezó a creer lo que le decía. No obstante, para asegurarse por completo de que el arrepentimiento de su antiguo rival era verdadero, quiso someterlo a la última prueba y exclamó:

—Jim, voy a probar si es verdad todo lo que me dice.

Y sin esperar respuesta salió de la habitación, volviendo al poco rato con Norma a quien le dijo, señalándole a Warren:

—Norma, este bandido y su cómplice me obligan a revelarte un secreto. Yo no soy tu padre; este hombre tiene la prueba.

Aquella revelación fué para Norma el dolor más grande de su vida. Ante la terrible verdad, sintió un frío enorme en su alma, un desconsuelo inmenso y quedó anonadada ante la horrible declaración.

Jim la vió sufrir y sin encontrar palabras con que expresar su dolor y disminuir el pesar de la joven, se acercó a ella y le dijo:

—Perdón, señorita, le juro que yo daría mi vida por que no la hubieran revelado a usted ese secreto y por eso he venido.

Y como si quisiera pedir perdón por un daño que no había cometido, volvió a suplirle:



—Norma, este bandido y su cómplice me obligan a revelarte un secreto...

—¿Quiere usted estrechar la mano del que sólo desea su bien?

En el corazón de Norma gritó la voz de la sangre y, al estrechar la mano que le tendía aquel desconocido, comprendió que nadie que no fuera su padre hubiera podido hablarle

con el amor con que se expresaba aquel hombre.

Ahogada por los sollozos salió a la habita-



Aquella revelación fué para Norma el dolor más grande de su vida.

ción inmediata, pero aún tuvo tiempo de oír la voz del criado que anunciaba a un tal Harry Silvers, y a Felipe Powers que decía:

—Jim, si viene usted de buena fe, ocúltese en esa habitación y déjeme entenderme con “Dedos de Plata”.

**

Según había anunciado el criado, no tardó en aparecer la figura repulsiva de Silvers, que



—Perdón, señorita; le juro que yo daría mi vida por que no la hubieran revelado a usted ese secreto.

se detuvo en la puerta contemplando la rica ornamentación del despacho de Powers. El truhán, dedicado siempre a explotar los secre-

tos de las vidas ajenas, inspeccionaba, antes de entrar en acción, el ambiente en que vivía



En el corazón de Norma gritó la voz de la sangre.

su víctima, para amoldar a la situación de éstas sus exigencias monetarias.

Después de examinar minuciosamente la estancia en que se encontraba, se acercó unos

pasos hacia la mesa donde estaba Felipe y exclamó:

—¡Diantre; cómo ha progresado usted, señor Powers!

Este, sin darle importancia a aquella exclamación, le ofreció la silla en la que momentos antes había estado sentado Jim y le preguntó:

—¿Qué es lo que querías decirme con tanta urgencia, Harry?

—Se trata de salvarlo a usted de un próximo peligro — repuso con cinismo el desalmado—. Ahora que está usted tan boyante sería una lástima que algo malograra los planes matrimoniales de su hija.

—No creo que nada pueda impedirlo — contestó Power, fingiendo no comprender lo que aquél quería decir.

Pero el astuto bandido comprendió el juego y continuó:

—Yo siempre le he estimado a usted, y cuando vi que Jim Warren tenía un par de cartas de Norma Drake, escritas antes de que naciera la niña, se las quité, para evitar a usted disgustos.

—¿Y vienes a devolvérmelas? — le preguntó Felipe.

—Si usted quiere esas cartas, yo puedo dárselas, pero necesito dinero para montar un negocio de una lancha a motor entre Detroit y el Canadá, y usted puede ayudarme. Creo que con veinte mil dólares tendría bastante...

Ante lo indigno de la acción, sintió Power deseos de estrangular a aquel miserable; pero pronto comprendió que para apoderarse de aquellas cartas era preciso emplear más astucia que fuerza, y exclamó:

—Tú siempre has sido un embustero, Harry, y no creo que tengas esas cartas.

Felipe Powers pretendía con aquello asegurarse de ellas fuese como fuese.

Silvers, sin darse cuenta del lazo que le tendía, sacó una carta del bolsillo y leyó en voz alta:

Querido Jim: Ven en seguida. Mollie Burke dice que nuestro matrimonio no es válido y ya sabes que pronto nacerá nuestro hijo.

Mientras Harry leía la anterior carta, Powers sacó una pistola y apuntó con ella al bandido, que al verse sorprendido de aquella manera retrocedió hasta la puerta del cuarto donde estaba oculto Jim, que no lo perdía de vista un instante. Cuando lo tuvo a su alcance, se abalanzó sobre él exclamando, al ver

que Felipe le quitaba la carta que tenía en la mano:

—¡Hay otra en el bolsillo interior; quítela!

Comprendió Harry que toda resistencia era inútil y se dejó registrar sin hacer el menor esfuerzo para impedirlo, a la vez que decía:

—No ha estado mal el juego, Felipe, pero no se libraré usted de mí. Yo sé dónde se celebró el matrimonio de Jim y Norma y dónde está registrado el nacimiento de la niña, y haré fracasar la boda de la hija de un ladrón.

Warren le había soltado ya y "Dedos de Plata", cada vez más indignado por el fracaso de su "negocio", continuó gritando, a la vez que señalaba a las personas a que se refería:

—¡Todo el mundo sabrá, "Caballero Jim", que eres padre de Norma Powers!... Y tú, señor farsante, yo diré que has recogido las sobras de un ladrón y que ella, con su aire de ingenua y su carita de inocencia, no era más que una mala mujer!

En aquel instante se oyó una detonación y todos se volvieron hacia el sitio en que había sonado.

Era Norma, que había permanecido oculta escuchando toda la conversación. Mientras du-

ró ésta, la infeliz joven escuchó, con el corazón oprimido por la pena y la amargura, toda la tragedia que había rodeado su vida; pero



—¡Hay otra en el bolsillo interior; quítela!

al oír injuriar la memoria de su madre, un impulso superior a su voluntad la hizo apoderarse de un revólver que había sobre la mesa y disparó contra el miserable que infamaba el santo recuerdo de la que le dió el ser.

Desgraciadamente para Silvers, Norma ha-

bía hecho blanco y la bala, atravesándole el corazón, le hizo enmudecer para siempre, mientras que la joven, agotada ya sus fuerzas, rodó por la alfombra sin conocimiento.

Powers y su padre corrieron inmediatamente en su auxilio y éste, recobrando nuevamente la serenidad, exclamó:

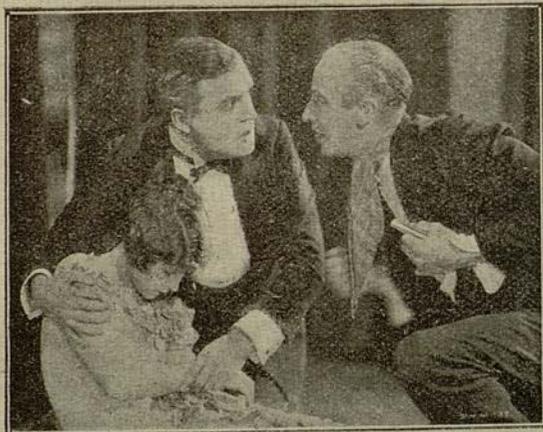
—Ella no le ha visto caer. Dígala que su tiro ha fallado y que yo he dado buena cuenta de ese canalla. ¡Que he sido yo el que lo ha matado!

Cogió Felipe el inanimado cuerpo de la infeliz muchacha y corrió con ella hacia las habitaciones de arriba, para prestarle los primeros auxilios, hasta que llegase un médico que pudiera hacerse cargo de la enferma.

Quedó Jim un momento a solas con sus pensamientos, y por su imaginación cruzó la triste realidad de la responsabilidad que acababa de contraer. Por unos instantes la tétrica visión del presidio apareció ante sus ojos, pero este desfallecimiento duró bien poco. Toda su vida se condensaba en la felicidad de aquella hija que acababa de salvar, y un íntimo orgullo le hizo sonreír interiormente, satisfecho de su acción.

Aquello que acababa de hacer era una justa

compensación del abandono en que había dejado a su hija durante tantos años. Después de aquello, pensó que tenía más derecho a ser



—Ella no le ha visto caer. Dígala que su tiro ha fallado.

su padre. Hasta entonces no había hecho nada por ella; todo se lo debía a Felipe Powers y él sólo era un intruso que alteraba la vida de la joven; pero a partir de aquel momento, su hija comprendería algún día que él había sabido sacrificarse por ella y que su amor

no había retrocedido ante la idea del presidio y tal vez de la muerte.

Todo aquello era el pago de los sufrimientos que, involuntariamente, había causado a la madre que, desde el cielo, bendeciría su acción y no le creería indigno de haberlo amado.

Levantó la vista del suelo y sus ojos tropezaron con el retrato de la Norma querida, de aquella Norma adorada, por quien hubiera dado mil veces la vida y que le parecía que le miraba con infinita ternura agradeciéndole lo que acababa de hacer.

Se acercó aún más al lienzo que representaba la imagen del único amor de su vida, y como quien eleva una plegaria exclamó:

—¡He hecho esto por tu memoria y por la felicidad de nuestra hija!

Al ruido producido por la detonación, acudieron los criados sobresaltados, y al ver en el suelo a un hombre muerto, se arrojaron sobre Jim que se entregó sin protesta, exclamando:

—¡Yo lo he matado! ¡Prendedme!

*
**

Después se sucedieron los días de lóbrego encierro, esperando la vista de la causa; y por último, como final apocalíptico de toda su vida, la sentencia condenándolo a muerte. Había salvado la honra y la felicidad de su hija a costa de su propia vida, y convencido de cumplir con ello su misión de padre, ningún temor le tenía a la muerte; antes bien, la deseaba con la misma impaciencia que produce lo desconocido.

Su imaginación había volado tan lejos, había recorrido en el corto espacio de unos segundos tantos años de dolor, que para volver a la realidad, fué necesario que su defensor volviera a decirle:

—¡Jim, por Dios! ¿En qué está usted pensando tan absorbido? ¿Por qué no habla usted para salvarse?

Eran inútiles todos los esfuerzos del abogado para hacerlo hablar. Jim estaba convencido de cual era su deber de padre y dispuesto a todo antes que acusar a la hija que durante tanto tiempo había dejado abandonada.

Norma, pasados los primeros días de agitación, volvió a recobrar la serenidad; y a medida que iba reconstruyendo la terrible escena que motivó su desvanecimiento, más se aferraba en ella la idea de que aquel hombre era su verdadero padre y que por eso había aceptado la responsabilidad de un delito que no había cometido.

Felipe Powers hacía esfuerzos titánicos para convencerla de que estaba en un error, pero todo ello fué inútil; para ella no había más verdad que una: la de que por su culpa iba a morir un inocente y de que a ella le correspondía salvarlo, declarando toda la verdad.

**

La bruma que hasta entonces impedía a los rayos del sol brillar con todo su esplendor, fué poco a poco esfumándose y la Naturaleza parecía despertar de su profundo letargo nocturno, al sentir la tibia caricia del rey de los astros.

El Destino se mofaba una vez más de los hombres y comparaba los esplendores de un día que nacía junto al crepúsculo de una vida que acababa.

La campana que debía anunciar el momento de la ejecución sonó por segunda vez y Jim Warren sintió como un frío sudor recorría todo su cuerpo.

Su abogado quiso aún aprovechar los últimos instantes para hacerle hablar, pero Jim lo atajó diciéndole:

—Es inútil cuanto me diga. Todo lo he pensado y no hablaré nunca.

En aquel momento entró el prometido de Norma que abrazándose a él le dijo:

—Norma lo sabe todo y quiere venir a declarar la verdad.

—¡No! ¡Eso no! — gritó desesperado Jim. — Corra a su lado y convéncala de que no haga eso. ¡Dígale que no venga! ¡Que no venga, por Dios!

De nuevo quiso hablar el muchacho, pero la mirada autoritaria de Jim le hizo callar; y salió de la celda con los ojos llenos de lágrimas y admirado del heroísmo de aquel hombre que, sin una queja siquiera, aceptaba la muerte con tan sublime abnegación.

Cuando volvió a quedar solo, Jim volvió a sus tristes pensamientos y a sufrir el monótono tic-tac del reloj que marcaba los escasos minutos que le quedaban de vida.

Su defensor le miraba con triste melancolía y no se resignaba a dejar que aquel hombre, de cuya inocencia estaba convencido, muriera sin pronunciar una palabra en su favor.

La escena que acababa de presenciar le hacía afanzarse aún más en su creencia, y le preguntó:

—¿Por qué no quiere usted hablar, Warren? Piense usted que le quedan pocos minutos de vida y una palabra suya podría librarlo del patíbulo y de la mancha que caerá sobre su nombre.

Guardó silencio esperando la contestación de su defendido, y viendo que éste callaba volvió a decirle:

—Fíjese, Jim, que la persona a quien quiere usted salvar no ha comparecido ni una sola vez para aminorar su castigo, sino que ha dejado, insensible, que recaiga sobre usted todo el peso de la ley.

En la puerta de la celda sonaron unos pasos débiles y el abogado salió para dejar al reo a solas con su confesor y su conciencia.

El sacerdote pretendió consolar al condenado exhortándole para que se dispusiera a morir, pero Jim Warren, sin poder sufrir por más tiempo todo el horrendo suplicio a que se había visto sometido durante toda la noche, le contestó:

—No se canse, padre. La muerte no me asusta y sólo deseo abandonar esta vida de miseria en la que no he hecho más que sufrir. Nada me retiene ya en el mundo y muero cumpliendo un sagrado deber.

Aquellas palabras revelaron al sacerdote la grandeza de los sentimientos del condenado a muerte, y sin querer atormentarlo por más tiempo con sus palabras, que abrían una llaga no cicatrizada en el corazón del desgraciado, salió de la celda dejándolo solo con su dolor.

En la cárcel todo volvió a quedar en silencio; parecía que la vida se había detenido un instante para dar mayor solemnidad al acto que se iba a realizar dentro de pocos minutos.

Los téticos golpes del verdugo, preparando el mortífero aparato, habían ya cesado por completo, y de nuevo el silencio se enseñoreó de las amplias galerías de la cárcel. La hora final de cumplir la ley se iba acercando con pavorosa rapidez y por los pasillos se oyeron las pisadas apagadas de los que venían por el reo.

A medida que éstas iban acercándose, Jim Warren las oía retumbar con más fuerza en su cerebro, como si unos pies de hierro se lo pisasen sin compasión alguna.

Los pasos se oían ya tan cerca, que no tardaron en aparecer los negros cumplidores de la ley, que en nombre de ella se hicieron cargo del condenado a muerte para conducirlo al patíbulo.

Momentos antes de ponerse en marcha el fúnebre cortejo, apareció Norma que, loca de dolor y de espanto, se arrojó a los brazos de su padre, gritando:

—¡Padre mío, no puedo consentir esta injusticia! No quiero que muera por mí... Yo soy la culpable y aquí estoy para ocupar su puesto.

Jim, al sentir en sus brazos el cuerpo de la hija amada, no pudo impedir que sus sentimientos de padre, por tanto tiempo callados, se desbordasen con toda su fuerza, y sin poderse contener la estrechó contra su pecho con infinita ternura.

No tardó en comprender que aquella acción podría delatarla, y haciendo un supremo esfuerzo para acallar la voz de su corazón, la arrojó fuera de él, exclamando:

—Llévense fuera a esta joven. No sabe lo que dice. No la conozco.

Pero Norma se aferraba a él con más fuerza todavía y exclamaba, desesperada, al ver que no la hacían caso:

—¡Créanme ustedes! ¡Yo fui quien maté a Harry Silvers, porque deshonoraba la memoria de mi madre, y este hombre quiere morir por mí porque es mi padre!

La escena, horriblemente trágica, desgarraba el corazón del desgraciado Warren, que sin fuerza para soportar aquel dolor, mil veces mucho peor que la misma muerte que le aguardaba, gritó a los jueces, cuando pudo deshacerse de los brazos de su hija:

—¡Por Dios, llévense fuera a esta mujer y déjenme morir en paz!

Y mientras unos sujetaban a la pobre Norma, otros conducían a Jim hacia el lugar donde había de efectuarse la ejecución.

En medio del patio de la prisión se levantaba, amenazador, el siniestro aparato que debía suprimir la vida de un ser inocente, y hacia él se dirigió Jim, sin vacilar un instante, deseoso de no prolongar por más tiempo aquella terrible agonía.

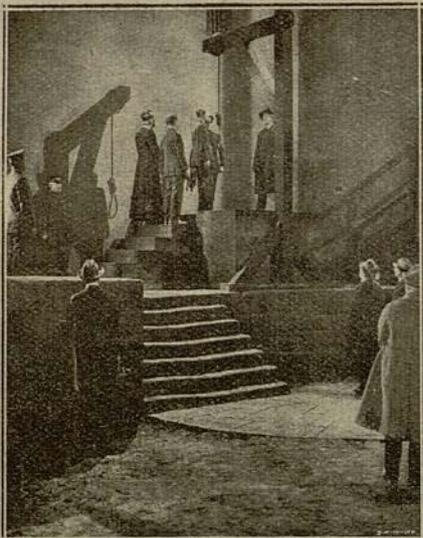
Seguro de sí mismo, se ofreció al verdugo, y cuando éste iba a cumplir con su deber, apareció Felipe Powers, gritando:

—¡Deténgase la ejecución! ¡El reo es inocente! Acabo de presentar mi declaración.

Y la Justicia detuvo su mano implacable hasta aclarar los hechos que rodeaban aquel misterioso y extraño proceso.

.....

Pasaron los días y el Jurado, en vista de la declaración de Powers, declaró la inocencia de



'Seguro de sí mismo, se ofreció al verdugo...

Jim Warren y la irresponsabilidad de Norma Powers.

La sombra que por unos días amenazó con destruir el amor de los jóvenes enamorados

había desaparecido por completo, y Norma, sin ningún obstáculo que se interpusiese en la realización de sus sueños dorados, pudo casarse felizmente con el hombre amado.



La sombra que por unos días amenazó con destruir el amor de los jóvenes enamorados, había desaparecido por completo.

Para todo el mundo ella seguía siendo la hija de Powers, pero en su corazón había nacido un nuevo amor y éste pertenecía por completo a Jim Warren, de quien ya no dudaba

que era su padre, a pesar de seguir éste negándolo.

Felipe Powers había olvidado, ante el sacrificio y la abnegación de Jim, la rivalidad existente entre ellos tiempos atrás, y tan pronto como quedó en libertad, se lo llevó a vivir con él hasta que se decidiera por completo su suerte.

Pocos días después de declarada la inocencia de Jim, éste hablaba con Felipe en la terraza del jardín y le decía:

—Felipe, comprendo que mi estancia aquí podría perjudicar la felicidad de Norma y estoy dispuesto a marcharme.

Powers movió en sentido negativo la cabeza y contestó:

—No lo creo, Jim. Norma está convencida de que eres su padre y nada puede turbar ya la dicha que goza. Estás alucinado todavía y ves un peligro donde no existe.

Aquellas palabras no convencieron a Jim, que quiso aducir nuevas razones; pero Powers, cogiéndolo de un brazo, lo hizo callar a la vez que le decía:

—Mira, por allí viene Norma con su marido. Salgamos a recibirla.

En efecto, en aquel momento apareció la jo-

ven con su esposo, que venían de su paseo diario.

El traje de amazona que vestía la muchacha hacía resaltar aún más sus muchos encantos, y al ver reunidos a Powers y a su padre, se acercó a su marido y le dijo:

—Verás en qué conflicto voy a ponerlos.

—¡Padre! ¡Padre mío! — gritó desde lejos.

Instintivamente los dos hombres se adelantaron al oír la palabra "padre", pero de pronto quedaron en suspenso sin saber a cuál de los dos llamaba.

En uno, el cariño y la costumbre de oírse lo llamar le habían hecho adelantarse; y en otro, su derecho a serlo le había impulsado a correr tras la voz que lo llamaba.

Por fin, Powers preguntó:

—¿Cuál de los dos?

Norma y su marido no podían contener la risa que les había producido aquella vacilación, y para no disgustar a ninguno, aquella repuso:

—Los dos, los dos padres.

Se acercaron a ella y Norma, mientras los acariciaba con verdadero cariño de hija, sentía que su alma se inundaba de una dicha in-

finita al verse tan amada por los seres que tanto quería.

Norma había ido a pasar todo el día a la casa de Felipe Powers, y sus risas, alegres



—*Los dos, los dos padres.*

como campanillas de plata, resonaron de nuevo en los amplios salones del hermoso edificio, que con ella parecía adquirir nuevamente la alegría que le faltaba desde su ausencia.

Los criados corrían gozosos de un lado para otro, satisfechos de servir a su antigua amita,

y hasta el sol parecía penetrar con más fuerzas por los amplios ventanales.

Transcurrieron las horas insensibles con esa rapidez que produce la inconsciencia de la felicidad, y cuando llegó el momento de partir, Jim se acercó a Felipe y le dijo:

—Powers, he pensado bien lo que te he dicho esta mañana y estoy decidido a hacerlo. No le digas nada a “nuestra hija”. Yo soy feliz con serlo ella y salgo esta noche para el Este.

Fué inútil que Felipe quisiera oponerse a sus deseos. Jim había hecho el propósito de huir de aquel pueblo, donde su presencia podría, quizás más tarde, perturbar la dicha de su hija, y huyó a otros países para seguir su vida, sin más esperanzas que la de tener noticias de que su Norma era feliz.

FIN

Próximo número:

La preciosa novela

La Hija del Capitán

Creación de la bellísima
LEATRICE JOY

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles Precio 25 cts.

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELICULAS!

COMPRE USTED LA PRÓXIMA SEMANA
en la selecta biblioteca

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

El Mundo perdido

por **Lewis Stone**

Novela de gran emoción

Sea usted coleccionista de *Los Grandes Films*
SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR

UN EXITO ENORME

ha obtenido el 4.º libro de las

EDICIONES ESPECIALES

de

La Novela Semanal Cinematográfica

La Princesa que supo amar

por Huguette Duflos y Charles de Roche,
con el que se regala la partitura musical
del CANTO DE AMOR

En esta Colección aparecerán en breve
las grandes novelas cinematográficas:

EL COCHE N.º 13

Versión moderna de la célebre novela de
XAVIER DE MONTÉPIN.

Creación de la bellísima Lili Damita

y

SIN FAMILIA

por el pequeño gran artista Leslie Shaw,
creador del «rôle» de FANFAN
en «Los dos Pilletes».